

Masculinidades en Ecuador

Masculinidades en Ecuador

Xavier Andrade y Gioconda Herrera, editores



Índice

Presentación 9

Primera parte

La construcción social de las masculinidades

Introducción 13
Xavier Andrade

Identidades Masculinas

“Para los hombres, las heridas son flores”
Trabajo, cuerpo y memoria en Pindal 29
Alexandra Martínez

“¡Cómo un indio va a venir a mandarnos!”
Frontera étnica y masculinidades en el ejercicio del poder local 47
Fernando Larrea

No soy machista pero
Masculinidades en profesionales
de clase media de la ciudad de Quito 67
María Pilar Troya

Usos y discursos de la masculinidad

Haga negocio conmigo: un ritual de masculinidad 101
Lisett Coba

Homosocialidad, disciplina y venganza 115
Xavier Andrade

La mujer astronauta. Aproximaciones a la masculinidad,
el cuerpo y la enfermedad 139
Angélica Ordóñez

Segunda Parte

Masculinidad y equidad de género

Masculinidad y equidad de género: desafíos para el campo
del desarrollo y la salud sexual y reproductiva 157
Gioconda Herrera y Lily Rodríguez

Masculinidades en América Latina y el Caribe:
el aporte del Fondo de Población de Naciones Unidas
(FNUAP) 179
Luis Mora

Primera Parte:
**La construcción social
de las masculinidades**

Introducción

Masculinidades en el Ecuador: Contexto y particularidades

Xavier Andrade*

En su conjunto, el valor de este volumen radica en despertar una serie de preguntas sobre el carácter de “lo masculino” en Ecuador, que están relacionadas con discusiones más globales sobre el tema, y que resultan particularmente relevantes para interrogar sobre cómo en el caso ecuatoriano se dan las relaciones de género y la forma en que éstas adquieren significados de poder. Por falta de espacio, no voy a trazar la genealogía de las influencias de los estudios sobre masculinidad en la región, sino que me limitaré a dos discusiones¹. La primera discusión alude a los enfoques teóricos dominantes sobre el problema de los hombres y de las masculinidades en Latinoamérica a fines de los noventa y principios de este siglo. La segunda se refiere a las posibles particularidades, si alguna, del caso ecuatoriano. En ambos niveles se destaca una confusión de enfoques y definiciones sobre “lo masculino,” la misma que debe ser explicitada para intentar orientar diálogos futuros en este campo y también políticas aplicadas sobre cuestiones de género.

De lo discutido, sea en las conferencias y/o sea en estos trabajos, cinco temas aparecen como relevantes, sin guardar necesariamente un orden de prioridad para la investigación, a saber: cuestiones de paternidad; cambio y resistencia al cambio en las concepciones dominantes sobre masculinidad; la *racialización* de lo masculino; “machismo” y política; y finalmente, la paradoja del exceso y del silencio en el lenguaje sobre cuerpo y sexualidad. El problema de la violencia masculinista es un aspecto que no ha sido abordado explícitamente en estos trabajos y que, sin embargo, merecería mayor atención en el futuro. Para precisar los elementos violentos asociados a “lo masculino” que aparecen esparcidos a lo largo de estos trabajos, cabe señalar que distintas formas de violencia son constituyentes de las prácticas de género,

* Antropólogo. Ph.D (c) New School for Social Research. Investigador asociado de FLACSO, Sede Académica Ecuador

1 La profusión de estudios sobre masculinidad en los noventa ha promovido la producción de varias reseñas. En antropología, es útil la de Gutmann (1999), y, para el caso latinoamericano, la de Viveros Vigoya (2001).

puesto que articulan el lenguaje y disciplinan las relaciones entre hombres, mujeres y sexualidades disidentes, sirven para racionalizar formas de racismo, y, como se discutirá más abajo, atraviesan el análisis político del “machismo” en Ecuador.

Masculinidad es, en el estado actual del debate, un conjunto de nociones superpuestas y no necesariamente correspondientes unas con otras. Cuando distintos autores invocan conceptos tales como “masculinidad” (en singular o plural), “machismo”, “identidad masculina”, “hombría”, “virilidad” y “rol masculino”, diferentes posibilidades analíticas se abren.

Matthew Gutmann (1999) sintetiza el problema de las múltiples definiciones conceptuales bajo cuatro enfoques que caracterizarían el estado de la cuestión. Primero, quienes hablan de “identidad” tienden a entender a “lo masculino” como todo aquello que tiene que ver con los hombres, es decir, todo lo que los hombres dicen, piensan y hacen. El segundo enfoque, mejor articulado bajo la noción de “hombría”, se refiere a la masculinidad como un proceso, como una meta social a ser alcanzada pero no como algo que está dado ni necesariamente es logrado. Esta perspectiva pone énfasis en el análisis de lo que los hombres dicen, piensan y hacen para definirse y distinguirse a sí mismos como hombres. El tercer concepto, el de “virilidad”, asume la existencia de una cualidad que define diferentes grados de masculinidad. Finalmente, quienes utilizan, aunque muchas veces cuestionándolo, el concepto de “roles”, enfatizan en la importancia del papel de las mujeres en la negociación de lo que se considera como propio de “lo masculino”. Una vez anotada la confusión y superposición conceptual que caracteriza a este campo de estudio, saltan a la vista una serie de desafíos para profundizar el estudio del caso ecuatoriano, algunos de los cuales discuto a continuación.

La paternidad

El interés por cuestiones de paternidad emergería como uno de los temas recurrentes en el contexto de la conferencia que suscitó esta publicación, y merece ser reflexionado por dos motivos: es importante conocer cómo opera el estatus paterno en la producción de concepciones dominantes sobre masculinidad y, al mismo tiempo, es necesario entender las formas bajo las cuales el proceso de socialización entre padre e hija/o modifica, a veces radicalmente, tales conceptos. Esto presupone, sin embargo, que la paternidad ocupa un lugar importante –e, implícitamente, adquiere una connotación positiva– en la construcción de masculinidades, un hecho que ha sido debidamente documentado en ciertos contextos. La detallada etnografía de Gutmann (1996) sobre una colonia trabajadora en la ciudad de México es uno de ellos; adicionalmente, los hallazgos que encuentra Troya en sus entrevistas a profesionales de clase media en la ciudad de Quito sugieren una construcción positiva de la paternidad en tales sectores (ver también Fuller, 1997, para el caso peruano, entre otros ejemplos).

Sin embargo, tal valoración no es necesariamente generalizable para otros contextos, ni siquiera dentro de una misma sociedad. Primero, la diversidad de arreglos familiares, su modificación debido a distintas condiciones estructurales, sean éstas económicas u otras², y la consecuente redefinición de posiciones de género hace que las percepciones sobre paternidad y maternidad estén sujetas a cambios permanentes. En el caso ecuatoriano, ya sea por las migraciones masivas de los últimos años, ocasionadas por el colapso económico y/o la alta tasa de hogares monoparentales, un creciente número de mujeres, de sectores populares y medios por igual, está asumiendo tareas comúnmente asociadas con lo paterno dentro y fuera del espacio doméstico. La cuestión de la paternidad, por lo tanto, no puede entenderse sin apelar a las transformaciones ocurridas en el contexto social más amplio y al papel de las mujeres en la redefinición de las categorías domésticas. Caso contrario, las investigaciones pueden presentar un retrato que no pasa de ser obvio: la paternidad como parte de un, así llamado, “ciclo vital” de los hombres y no como una práctica relacional cargada de contradicciones.

Esta misma línea de análisis me conduce al segundo problema, el de las ambigüedades implícitas en las narrativas sobre paternidad y el *performance* público de la masculinidad³. Para ejemplificar este segundo punto, cabe mencionar el silenciamiento y/o la carga negativa a la cual cuestiones de paternidad son sometidas cuando los hombres formulan representaciones de sí mismos con relación a nociones de libertad individual y sexual, silencio que es discutido más adelante como parte de un problema más amplio que, sugiero, caracterizaría al lenguaje masculino sobre sexo (v. para el caso mexicano, Kejzer 1998). Habría que preguntarse respecto de este tema, en los casos en que la paternidad aparece como subordinada a las reglas públicas de la homosocialidad ¿cómo la construcción de significados sobre el ser hombre y el ser padre modifica tal jerarquización? Una pregunta complementaria es ¿cómo el conjunto de estos procesos influye o transforma las concepciones sobre femineidad y maternidad? En suma, encuentro que existe una tensión entre la paternidad tal como es entendida por hombres de diversas clases sociales, asumida por mujeres, y ‘representada’ homosocialmente, niveles que valdría considerarse para enraizar el análisis de mejor manera en el caso que nos ocupa⁴.

2 Por ejemplo, de conversión religiosa como en el estudio de Elizabeth Brusco en Colombia (1995)

3 Estas ideas me fueron sugeridas por mi acceso a distintas formaciones sociales en Quito y Guayaquil, compuestas mayoritariamente por individuos heterosexuales, profesionales, artistas y/o intelectuales de clase media y alta.

4 Lectores no familiarizados con el término “homosocialidad” pueden encontrar referencias básicas en mi contribución a este volumen.

¿Cambios?

La tensión entre significados declarados y negociación de significados, cuando éstos se convierten en vehículos de identidad pública, se relaciona con el segundo tema a tratarse: los procesos de cambio y de resistencia al cambio en las concepciones dominantes sobre masculinidad. Estos procesos, tal como han empezado a ser documentados en este volumen (Ordóñez, Troya), deben verse, en mi opinión, en el contexto del alcance de los debates sobre género para el caso ecuatoriano.

Si bien estos debates tienen ya una trayectoria importante en el país, su alcance sigue siendo todavía restringido. En general, las cuestiones de género no han tratado sistemáticamente el tema de lo masculino, el mismo que sigue siendo visto mayoritariamente como no problemático. Tanto la reflexión como el tipo de intervenciones políticas en materia de equidad de género, se enmarcan mayoritariamente en una visión bipolar (hombres vs. mujeres) que ubica a las mujeres como las principales víctimas y/o protagonistas de las relaciones de género y a los hombres como portadores de un poder avasallador, absoluto y homogéneo⁵. Pocas veces ha sido cuestionada la matriz heterosexual y más bien se ha tendido a reproducir la naturalización de dicho orden⁶. A estos condicionamientos se suma el hecho de que la “cuestión” de género en Ecuador sigue siendo mayoritariamente concebida como un asunto de mujeres, y de mujeres feministas, lo cual circunscribe el alcance de estas reflexiones a quienes, en mayor o menor grado, se perciben a sí mismas como concientizadas, esto es, por lo menos atentas a responder y combatir la condición de subordinación general a la cual mujeres y sexualidades disidentes son sometidas socialmente. Es en este marco restringido del debate público sobre sexualidad y cuestiones de género donde se pueden encontrar explicaciones adicionales sobre el cambio y la resistencia al cambio en las concepciones dominantes de masculinidad en Ecuador.

Las limitaciones de los movimientos pro políticas sexuales se ilustran de mejor manera, si se consideran las dos formas de sexualidad disidente que son abiertamente visibles, léase politizadas, en Ecuador: travestistas y homosexuales⁷. Es im-

5 Para una reflexión sobre las formas en que ha sido utilizada la categoría de género en las investigaciones en el Ecuador, ver Gioconda Herrera, “Estudio introductorio: los estudios de género. Entre el conocimiento y el reconocimiento”, Antología de estudios de Género, FLACSO-ILDIS, 2001.

6 Las conferencias, eventos públicos y discusiones políticas sobre género en el país, sólo excepcionalmente incluyen actores que se definan públicamente como lesbianas, homosexuales, bisexuales o travestistas entre sus participantes regulares, ya sea en calidad de expositores y/o de audiencias.

7 Después de una campaña de acción pública, ambos movimientos denunciarían su estigmatización y marginación violenta por parte de la sociedad y los aparatos del Estado con manifestaciones semanales y recolección de firmas de apoyo a un planteamiento básico de su lucha, la derogación de una ley según la cual la “homosexualidad” era sancionada como ilegal en la Constitución ecuatoriana. Sus principales organizadores conseguirían tal propósito en 1997, eliminando, al menos formalmente, ese estigma. En 1998, ellos/as lograrían otro paso en la consolidación de sus movimientos, cual es la del establecimiento de un local en el cual centralizar las actividades organizativas y promover políticas de, por lo menos, mayor tolerancia frente a tales sexualidades.

portante reconocer niveles de diálogo entre estos sectores y agrupaciones feministas, sin embargo, su acceso a la esfera pública continúa siguiendo sendas separadas. Alguna coincidencia parece haber entre estos movimientos en cuanto a intentos para la integración de cuestiones de raza y de etnia dentro de las plataformas feministas, homosexuales y travestistas. Mientras, por un lado, diversas organizaciones feministas intentan activar este interés al incluir participantes indígenas, por otro, y, debido básicamente a la composición racial de agrupaciones travestistas, que incluye a pobladores negra/os, tales organizaciones se han visto forzadas a reconocer diversidades internas. En Ecuador, la cuestión racial, como lo veremos inmediatamente, sin embargo, sigue siendo la dimensión menos legible –en el sentido de politizada– de la dominación masculina, una dimensión que, por tanto, continúa permeando las retóricas sobre identidad sexual y a la cual no escapan del todo ni los feminismos ni los defensores de sexualidades disidentes. Mientras las dicotomías y el lenguaje racial dominantes se conserven en este debate, las prácticas discriminatorias contra mujeres, sexualidades disidentes y racialmente diversas se verán, por omisión, reforzadas.

Para concluir este punto, el hecho de que este volumen no incluya atención detallada sobre homosexualidad, bisexualidad, travestismo y/o lesbianismo como prácticas e identidades sexuales, es uno de los vacíos pendientes a ser llenados en investigaciones futuras, ya sea sobre definiciones de lo masculino o sobre identidades y prácticas sexuales. Caso contrario, este libro puede brindar una falsa idea sobre “lo masculino” como objeto de estudio. Masculinidad no significa estudiar solamente a hombres, sino la *posicionalidad* que éstos asumen en un sistema de género dominante, el heterosexual, que, sin embargo, requiere para su reproducción una constante afirmación de las fronteras establecidas con mujeres y con sexualidades disidentes. Una estrategia de análisis más relacional serviría para situar apropiadamente el objeto de investigación. Esto significa enfocar el problema de lo masculino no necesariamente mediante la objetivación de tales formaciones sociales, sino más bien considerándolas como parte de las relaciones imaginadas y factuales que el sistema heterosexual, y “lo masculino” como parte de éste, establece con ellas. Caso contrario, el análisis tiende a reproducir meramente la reificación sobre lo masculino que ciertos sujetos o formaciones sociales formulan, con la finalidad expresa de representarse a sí mismos en posiciones de poder.

“Raza”

Un tercer tema que merece atención en el caso ecuatoriano es el de la *racialización* de las masculinidades, también tratado en algunas de las contribuciones a este libro (Martínez, Larrea, Andrade). En general, cuando se habla de “masculinidad”, o para el efecto, de “feminidad”, se tiende a hablar implícitamente de *una* masculinidad racializada, la mestiza, sin hablar del contenido racial de la misma. Es necesario de-

construir esta colusión de términos para resistir los discursos hegemónicos sobre masculinidad y raza y los planteamientos errados sobre los *esencialismos* que se derivan de su naturalización, como si de términos equivalentes se tratase. Si la construcción de los prejuicios mestizos necesita de apelaciones a una sexualidad imaginada de las minorías, queda por descubrir cuál es la sexualidad de estas minorías para evitar la mera reproducción de estereotipos. Este libro provee principalmente información sobre masculinidades mestizas entre poblaciones de las ciudades de Guayaquil y Quito, donde reside la mayor parte de la población urbana del país. Exceptuando el trabajo de Martínez entre una comunidad rural, cuando los autores intentan hablar de “lo indio” o de “lo negro”, existe una tendencia subterránea a proyectar estereotipos sobre identidades de género y sexualidad, al omitir lo que los indígenas y las poblaciones negras piensan, hacen y dicen para definir y/o adquirir sus masculinidades.

La mencionada tendencia promueve el reconocer falsas esencias y la reificación de los grupos *racialmente* subordinados, sobre cuya sexualidad poco o nada se ha sistematizado. Lo propio ocurre con el tratamiento de lo mestizo, cuando, por ejemplo, se asume que la ideología (y los fundamentos discursivos sobre la sexualidad) del mestizaje es monolítica. Por el contrario, sostengo que los estereotipos racistas sirven para clasificar, separar y estigmatizar diferentes hombres mestizos de acuerdo a cómo son percibidas sus masculinidades con relación a afiliaciones locales y de clase⁸.

Sobre las contradicciones internas del mestizaje, afirmo que, en términos generales, existen dos formas dominantes de representar la ‘ecuatorialidad’ mestiza, formas que son elaboradas ideológicamente usando categorías *racionalizadas* sobre masculinidad. Discursos y representaciones sobre *raza* constituyen la base para diferenciar hombres “costeños” de hombres “serranos” siguiendo percepciones geográficas deterministas que oponen a los pobladores de la costa a los de los Andes.

Al nivel más abstracto de la ideología del mestizaje, “lo indio” y “lo negro” son utilizados como términos peyorativos, pero esto no significa que la constitución de “lo mestizo” excluya tales prejuicios cuando diferenciaciones internas son requeridas. Al contrario, al atacar a gente de la sierra como “longos”, los costeños intentan afirmar su supuesta distancia cultural y biológica con aquello que se considera como rasgos indígenas. A su vez, los serranos responden al suponer que gente de la costa en general, y, particularmente de Guayaquil, está contaminada con elementos negros que se traducen en los supuestos de una mayor cercanía a la naturaleza y de un menor grado de civilización. Así, lo percibido como “primitivo” de los costeños, y de los guayaquileños en particular, es sintetizado bajo la etiqueta de “monos”.

A su vez, las diferencias en grados de civilidad y de barbarismo se expresan en la construcción de una economía política de los genitales, cuyo referentes principa-

8 Este mismo tipo de problema es discutido para el caso colombiano en Streicker, 1995.

les son el tamaño y la potencia del pene (Andrade 2000). De esta manera, los estereotipos racistas sirven para clasificar, separar y estigmatizar diferentes hombres mestizos de acuerdo a cómo son percibidas sus masculinidades. Tales estereotipos, por supuesto, son utilizados diferencialmente por elites y/o estratos trabajadores con la finalidad de clasificar los grados de masculinidad que unos y otros poseen.

Poder y “machismo”

Una cuarta temática relevante para el estudio de la masculinidad en Ecuador deriva de la variable regional y de su expresión ideológica, el regionalismo. En contraste con las preferencias temáticas presentes en el debate sobre masculinidades en Latinoamérica, el tema de masculinidad y política emerge con fuerza en algunos de los trabajos aquí compilados. El tratamiento de tecnologías elitarias como los medios masivos de comunicación sirve de entrada para situar la cuestión del poder (estatal y/o de las elites) como un eje central del análisis sobre masculinidad. En cuanto al poder, desde el origen mismo de los estudios sobre hombres y masculinidades, ha habido, en buena parte como resultado de las influencias de las teorías feministas anglosajonas en los años ochenta, una preocupación por la desigualdad, la violencia y la coerción imperantes dentro de las relaciones de género. Como contraparte, volviendo al caso latinoamericano, el tema de la utilización de discursos masculinistas como tecnología del poder institucionalizado ya sea por parte del Estado o por grupos hegemónicos, ha sido marginal⁹.

En el caso ecuatoriano, discusiones sobre masculinidad y política fueron estimuladas inicialmente por la forma cómo la sociología abordó el tema del populismo guayaquileño y las distintas manifestaciones de *bravado* machista que han sido tomadas como características de algunos de sus líderes históricos. En parte de los trabajos que componen el presente volumen, existe el interés por documentar las diferentes formas bajo las cuales las masculinidades son *performadas* como ingredientes de la esfera política. Éstas son analizadas en tanto prácticas disciplinarias en la construcción de agentes individuales y/o formaciones sociales y políticas (Ordóñez, Martínez, Larrea) y también como discursos omnipresentes en los medios, las imá-

9 El trabajo pionero de Lancaster (1992) sobre Nicaragua, ha tenido una enorme influencia dentro de los estudios sobre homosexualidad; sin embargo, tal atención prestada por este autor a la relación masculinidad, Estado y política, en este mismo libro no ha corrido la misma suerte. Por otro lado, solamente dos artículos sobre política y masculinidad han sido incluidos en las tres compilaciones en inglés disponibles sobre el tema en la región, los artículos de Florencia Mallon (2001) y Andrade (2001). Me refiero a los libros editados por Marit Melhuus y Kristi Anne Stolen (1996); un reciente número de la revista *Men and Masculinities* (2001) dedicado a Latinoamérica y editado por Matthew Gutmann; y, la compilación *Mercurial Men and Masculinities in Latin America* del mismo Gutmann que será publicada por Duke University Press. En castellano el panorama no varía; por ejemplo, el estado de la cuestión de Viveros (2001) alude solamente al trabajo arriba mencionado de Lancaster que discute directamente la relación entre poder, política y masculinidad. Lo propio para las compilaciones de Arango et al. (1995) y de Valdés y Olavarría (1997).

genes y el lenguaje político (Coba). Tales trabajos ofrecen elementos para considerar, en el futuro, una pregunta central: cuándo emerge y cómo se constituye un campo discursivo y de producción cultural en el cual retóricas e imágenes masculinistas son utilizadas como ejes de movilización por parte de líderes políticos. La incorporación de una perspectiva histórica rigurosa para abordar esta pregunta es urgente por varias razones a discutirse en esta sección. Existe la tendencia —especialmente en sociología y en ciencia política, con la excepción de varios trabajos de Carlos de la Torre (2000)— a denunciar *una* forma de masculinidad, calificada de “machista” e identificada con líderes guayaquileños, como pernicioso para el debate político, y, al mismo tiempo, a tácitamente excluir de la discusión otras formas de masculinidad que constituyen un sistema que es, en su conjunto, claramente patriarcal.

La inmediata significación política del concepto de “machismo” en Ecuador merece una digresión adicional puesto que, repito, la cuestión del poder político y lo masculino no ha sido todavía debidamente explorada en la literatura sobre Latinoamérica¹⁰ Los conceptos de “macho” y de “machismo” han servido como objeto de análisis sobre lo que se concibe y/o se construye como masculino con relación a la sexualidad, el orden doméstico, y la discriminación de género sea contra mujeres o contra masculinidades subordinadas. A estas alturas de la investigación, es claro que lo que ha sido definido como “machismo” no es ni solamente propio de Latinoamérica, ni tampoco puede ser aplicado para caracterizar a todas las formas de masculinidad hasta ahora estudiadas en la región.

En Ecuador, sin embargo, el término “machismo” continúa siendo utilizado con frecuencia para describir a “la cultura política guayaquileña”, es decir ayuda a cualificar una supuesta diferencia o distancia “cultural” entre costa y sierra. En esta perspectiva, los discursos regionalistas oscurecen la posibilidad de explorar las formas de manifestación del sistema patriarcal en la política, presentes en otras zonas del país, las mismas que han sido denunciadas y combatidas abiertamente por los movimientos feministas. A manera de hipótesis, sostengo que esto no ha sido posible, porque la cuestión regional ha sido fundamentalmente pensada, en términos académicos, desde el centro. La conexión de académicos locales —esto es residentes en Quito, donde la mayor producción sociológica es posible— con instituciones del estado, partidos políticos, y/o medios de comunicación ha tenido reper-

10 Las excepciones al tratamiento de este tema son provistas por trabajos de historiadores o de antropólogos históricamente fundamentados, quienes se han preocupado de la conexión entre políticas estatales y/o regionales y la producción de masculinidades guerreras (v. Para el caso peruano Poole, 1998, y el mexicano Alonso, 1995, y Nájera Ramírez, 1994). Recientemente la atención empieza a ser brindada a dictadores latinoamericanos y a sus formas de coreografiar al Estado, como si de la extensión de su masculinidad se tratase (v. Derby, 1999, sobre el trujillato en República Dominicana, y, Skurski, en prensa, sobre Juan Vicente Gómez en Venezuela). Todas estas fuentes proveen de elementos para entender los fundamentos de género en la constitución de nociones de civilidad, de política y de democracia como alternativas teóricas a la noción de “cultura política”, que como en el caso del Ecuador, ha servido para entrapar el debate en “lo político”, esto es, restringido a niveles institucionales, procesos electorales, etc. En general, se requiere *historizar* el estudio de hombres y masculinidades en Latinoamérica (un ejemplo, en este sentido, es el trabajo de Stern sobre México).

cusiones, seguramente no deseadas, en la forma dominante de teorizar la cuestión regional. En este contexto, ambas categorías, “regionalismo” y “machismo” resultan claves en un proyecto por intentar disciplinar no solamente a enemigos políticos, sino también a gente común.

El pensamiento sobre “regionalismo” y “machismo” se nutre de nociones del sentido común que de hecho organizan prácticas de dominación, de estigmatización y/o de violencia simbólica. Así considerado, el discurso intelectual “del centro” se convierte en un instrumento de dominación política, y las ciencias sociales en un canal autorizado para perpetuar las fragmentaciones regionales. El “regionalismo” opera a un nivel abstracto mientras el “machismo” lo hace a un nivel concreto. Mientras el “regionalismo” es denunciado como el desafío más grave para consolidar la democracia y un cierto sentido de nacionalidad, el “machismo” denuncia a una sociedad particular y a su gente, la costeña. La etiqueta de “machismo”, por lo tanto, tiene una agencia política particular en el caso ecuatoriano. Incluir esta línea de reflexión en los estudios sobre poder y masculinidad puede enriquecer el debate sobre el tema en Latinoamérica.

Sexo y cuerpo

Este libro explora marginalmente el tema de la sexualidad y el de las prácticas sexuales en Ecuador. Limitación que puede tener varias explicaciones; pienso que una de ellas alude a un problema central: la falta de conocimiento sobre los discursos y las categorías nativas que la gente utiliza para referirse a la masculinidad (y a la femineidad). Entender el lenguaje en el cual categorías relativas a la identidad sexual y sexualidad son formuladas requiere, propongo como una hipótesis, confrontar una paradoja fundamental que parecería caracterizar las relaciones entre hombres de diferentes clases sociales.

Cabe pues, distinguir entre significados y creencias, por un lado, y la traducción a la que éstos son sometidos cuando son procesados como prácticas para su circulación pública. La circulación de discursos entre hombres, sobre lo masculino y sobre sexo en general, parecería estar caracterizada por una doble dinámica, la del exceso y el silencio. Por “exceso” entiendo la frecuencia y el ritmo en la producción de estereotipos sobre lo que significa ser hombre. Por “silencio”, entiendo la abolición de referencias sobre el saber y/o la ignorancia acumulados vía experimentación de la sexualidad masculina. La tendencia a hacer referencia constante a temas concernientes a las relaciones con mujeres y a enmarcar tales referencias en términos de competencia sexual, tiene como resultado una proliferación discursiva de estereotipos sobre “sexualidad”. Antes que hablar de sexo, los hombres hablan en y sobre las fórmulas públicas bajo las cuales cuestiones sobre el cuerpo y el sexo son precodificadas. Los grados de vulgaridad de estas fórmulas públicas varían, pero atraviesan todas las clases sociales. La otra cara de la medalla es el silenciamiento de experien-

cias vividas y prácticas sexuales, ya sea con mujeres o, todavía menos abiertamente, con otros hombres.

Los conflictos que generan la expectativa simultánea de proliferación verbal, por un lado y el ocultamiento del habla sobre sexo factual, por otro, se expresan claramente en la ambigüedad otorgada al tratamiento del propio cuerpo masculino. Por ejemplo, el pene es la referencia más frecuente sobre corporalidad. Pero éste es hablado casi exclusivamente bajo etiquetas, siendo el término “verga” el preferido, al igual que en otros contextos latinoamericanos. La mayor parte de sus múltiples usos son despectivos y, sin embargo, el pene es el referente que sirve para establecer jerarquías, clasificar masculinidades y distinguir percepciones sobre distintos grados de virilidad y de potencia sexual.¹¹ Dicha ambigüedad es más clara cuando se consideran los términos reservados para referirse a la genitalidad femenina, los mismos que son utilizados no sólo cuando se habla del cuerpo de las mujeres, sino también del de los hombres. “Chucha”, por ejemplo, es una etiqueta que no se reserva exclusivamente para referirse a la genitalia femenina sino también a los genitales de los hombres. Así, una amenaza clásica entre hombres es “te voy a sacar la chucha”. Los usos de este término, por lo tanto, podrían aludir a una identidad “interna” que no es percibida exclusivamente como masculina. Igualmente decidor es el hecho de que, en otros contextos, el mismo término es utilizado para denotar positivamente ciertas cualidades de un hombre tales como, por ejemplo, astucia.

El prestar atención a las ambigüedades en la producción del lenguaje sobre sexo y cuerpo brinda, por lo tanto, una imagen menos estable del sistema heteronormativo. Esta tensión es fuente de constante escrutinio por parte de los propios hombres. Por ejemplo, un informante de mi etnografía en Guayaquil se refería a la proliferación verbal que acompaña a las formas públicas de ser “macho”, y específicamente al lenguaje que acompaña al *bravado*, como “machismo dialéctico” para referirse a la naturaleza construida de este *performance* (Andrade 2001).

Ejemplos de las contradicciones suscitadas por el uso público del exceso/silencio abundan; por falta de espacio aquí menciono sólo uno más, la práctica del piropo. El piropo puede verse en el contexto más amplio de cómo la masculinidad es, literalmente, actuada por los hombres en público, como tal es una convención que se nutre de fórmulas masculinistas. Es también una forma de gestualidad, de disposición del cuerpo y de la mirada para imponerse a los ojos de una mujer pasajera. Los hombres construyen cotidianamente su masculinidad no solamente frente a mujeres, sino primordialmente frente a otros hombres. Así, generalmente los piropos ocurren cuando otros miembros del grupo masculino están presentes para atestiguar la creatividad verbal de quien lo lanza. Es cierto que la mujer es, en tanto objeto, la causa del piropo, pero la audiencia receptora es otra: es el grupo de amigos, y, por tanto, se busca efectivamente una validación de las habilidades

11 Para continuidades y contrastes en el uso del término “verga” con los casos mexicano y nicaragüense, v. Gutmann, 1996: 123, y Lancaster, 1992: 41.

masculinas no frente a la mujer sino frente a los hombres. En este sentido, los piropos son la expresión de una dimensión de la masculinidad, aquella que se construye en el espacio público, una forma expresiva que pretende ser jocosa y galante al mismo tiempo, pero que, la mayoría de las veces, tiene un efecto adverso: quien piropea no sólo no tiene éxito en su estrategia de conquista sino que, además, revela la inocuidad de su ser masculino frente al resto de sus amistades masculinas.

Si bien la percepción de una naturaleza ambigua de la masculinidad dominante, entre ser un verdadero hombre y posar como tal, es inherente al concepto de “machismo” (Gutmann 1996: 223), y por lo tanto no es una particularidad en el caso ecuatoriano, todavía resta situar los problemas que se derivan de ella para referirse a lo masculino en perspectiva comparativa. Si se presta atención sistemática al uso social de categorías nativas, esto es, a su puesta en acción y no solamente a su dimensión discursiva, la misma concepción de “machismo” se revela como un obstáculo para entender “lo masculino”, dada la tendencia implícita en el término para reificar el sistema de género en sus dicotomías fundamentales. Para concluir, el estudio sobre categorías nativas para referirse a la masculinidad, las dinámicas homosociales y las prácticas sexuales, ofrece entradas para entender los múltiples significados de la masculinidad en Ecuador.

Notas finales

Para finalizar, cabe preguntarse sobre la forma en que estos textos construyen lo masculino como objeto de indagación ¿Está la mirada académica -esto es, en el caso ecuatoriano, predominantemente heterosexual, blanco/mestiza, de clase media, y “serrana”- condicionada por visiones hegemónicas cuando construye lo masculino como objeto? Este volumen procura brindar una respuesta doble a esta pregunta, aunque obviamente preliminar: por un lado, objetiva las masculinidades dominantes mediante lecturas practicadas por hombres, y aunque marginalmente, también por mujeres, desde posiciones y estratos sociales diversos. Por otro lado, reconoce la situacionalidad de lecturas y miradas sobre sus propias identidades sexuales y las de los otros. Ésta es, sin embargo, una empresa limitada que requiere la intervención frontal de interpretaciones que mujeres y minorías *raciales* y sexuales pueden hacer sobre este problema -negros, indígenas, travestistas, homosexuales, lesbianas, bisexuales, etc.- para confrontar efectivamente las ideologías dominantes sobre género, *raza* y clase.

Dicha preocupación por la multivocalidad y la identidad, sin embargo, no debe leerse simplemente como una abogacía por discusiones sobre “políticas de identidad” tal como éstas son entendidas en los Estados Unidos. Al contrario, reitero, si hay algo que la primera ola de estudios sobre masculinidad en Latinoamérica ha obviado en gran parte es la dimensión política de los usos del “machismo”, y las formas cómo discursos sobre masculinidad han permeado la estructura de lo estatal,

la construcción de culturas cívicas, y la esfera de lo político. Este vacío podría ser el resultado de cierto encapsulamiento en el debate disciplinario, ciertamente en el caso de la antropología por su desdén por estudiar cuestiones de poder político, y debido a la forma cómo ciertas teorías son importadas a la región. Un análisis de ambas dimensiones sería útil para evaluar el pensamiento regional sobre masculinidad durante los noventa.

Este volumen brinda luces iniciales sobre los temas mencionados y otros que escapan al espacio de esta introducción. La demanda por etnografías más sistemáticas, trabajos históricos e interpretaciones sociológicas es evidente. No obstante, interesados en el tema de las masculinidades encontrarán diferentes enfoques, poblaciones objeto, niveles de análisis y datos etnográficos y sociológicos dignos de ser retomados en estudios y revisiones posteriores. Por lo pronto, el libro en su conjunto ofrece un punto de partida y una referencia necesaria para facilitar diálogos más sostenidos.

Bibliografía

Alonso, Ana María

- 1995 "Honor and Gender: Purity and Valor", en *Thread of Blood. Colonialism, Revolution and Gender on Mexico's Northern Frontier*. Tucson: The University of Arizona Press.

Andrade, Xavier

- 2001 "Machismo and Politics in Ecuador, The Case of Pancho Jaime. *Men and Masculinities* 3(3): 299-315.

Andrade, X.

- 2000 "Medios, Imágenes y los Significados Políticos del "Machismo"". *Ecuador Debate* 49: 139-164.

Arango, Luz Gabriela et al. eds.

- 1995 *Género e Identidad: Ensayos sobre lo Femenino y lo Masculino*. Bogotá: Ediciones Uniandes, Universidad Nacional, Tercer Mundo editores.

Brusco, Elizabeth

- 1995 *The Reformation of Machismo: Evangelical Conversion and Gender in Colombia*. Austin: University of Texas Press.

De la Torre, Carlos

- 2000 *Populist Seduction in Latin America: The Ecuadorian Experience*. Athens, OH: Ohio University Press.

De Keijzer, Benno

- 1998 "Paternidad y Transición de Género" en *Familia y Relaciones de Género en Transformación*. B. Schmuckler ed. Mexico: Edamex y Population Council.

- Derby, Lauren Hutchinson
 1998 "The Magic of Modernity: Dictatorship and Civic Culture in the Dominican Republic, 1916-1962". Disertación doctoral para el Departamento de Historia, The University of Chicago.
- Fuller, Norma
 1997 *Identidades Masculinas: Varones de Clase Media en el Perú*. Lima: PUCP.
- Gutmann, Matthew C.
 1999 "Traficando entre Hombres: La Antropología de la Masculinidad". *Horizontes Antropológicos* 10: 245-86.
- Gutmann, Matthew C.
 1996 *The Meanings of Macho: Being a Man in Mexico City*. Berkeley: University of California Press.
- Herrera, Gioconda, ed.
 2001 *Los Estudios de Género: Entre el Conocimiento y el Reconocimiento*. Quito: FLACSO-ILDIS.
- Lancaster, Roger N.
 1992 *Life is Hard: Machismo, Danger and the Intimacy of Power in Nicaragua*. Berkeley: University of California Press.
- Melhuus Marit and Kristi Anne Stolen, eds.
 1996 *Machos, Mistresses and Madonnas: Contesting the Power of Latin American Imagery*. London and New York: Verso.
- Men and Masculinities, January
 2001 "Special issue on Latin America", editado por Matthew Gutmann. 3 (3).
- Nájera Ramírez, Olga
 1994 "Engendering Nationalism: Identity, Discourse, and the Mexican Charro". *Anthropological Quarterly* 67(1):1-14.
- Poole, Deborah A.
 1988 "Landscapes of Power in a Cattle-Rustling Culture of Southern Andean Peru". *Dialectical Anthropology* 12: 367-98.
- Skurski, Julie
 en prensa. *Civilising Barbarism* (título tentativo). Durham: Duke University Press.
- Stern, Steve
 1995 *The Secret History of Gender: Women, Men and Power in Late Colonial Mexico*. Chapel Hill: University of North Carolina.
- Streicker, Joel
 1995 "Race, Class and Gender in Cartagena, Colombia". *American Ethnologist* 22 (1):54-74.
- Valdés, Teresa y José Olavarría, eds.
 1997 *Masculinidades: Poder y Crisis*. Santiago: Isis y Flacso-Chile.

Viveros Vigoya, Mara

2001 "Contemporary Latin American Perspectives on Masculinity".
Men and Masculinities 3(3): 237-260.